

## Notas para una crítica de la autocrítica

Ignacio Libretti<sup>1</sup>

Tal como su nombre indica, lo que sigue es una breve reflexión en torno al concepto de autocrítica basada en las observaciones que hizo Jacques Rancière a Louis Althusser en su libro intitulado *La lección de Althusser*. A su vez, es también mi propia autocrítica al ensayo *Marx, Lenin y Althusser. Posición política y práctica teórica* (Libretti, 2018), donde afirmé *irreflexivamente* la posibilidad de una auténtica práctica marxista-leninista en los textos de Althusser elaborados entre 1967 y 1976 –definido allí como “periodo de autocrítica y rectificación” (Libretti, 2018, pp. 19 y ss.)–, descuidando aspectos tales como la efectividad política en pro de afirmaciones abstractas sobre la lucha de clases, no del todo incorrectas, pero unilaterales. Dicho esto, comienzo.

\*\*\*

En 1974, Louis Althusser publica sus *Elementos de autocrítica*. Según el filósofo francés, *La revolución teórica de Marx* y *Para leer El capital* adolecen de una “desviación teorizante” que reduce el descubrimiento de Carlos Marx a la escena racionalista/especulativa del corte entre *la ciencia* y *la ideología* –ambas en singular–, descuidando el rol que desempeña la lucha de clases en la formación del pensamiento marxista. A su juicio, dicha reducción racionalista/especulativa impide que su interpretación de Marx contribuya al desarrollo político del movimiento obrero, pues atiende inquietudes prevalentemente epistemológicas. En palabras de Althusser:

Yo quería defender el marxismo contra las amenazas reales de la ideología burguesa: era preciso mostrar su novedad revolucionaria; era preciso, pues, <<probar>> que el marxismo es antagónico de la ideología burguesa, que únicamente ha podido desarrollarse en Marx y en el movimiento obrero a condición de efectuar una ruptura radical y continuada con la ideología burguesa, y de desplegar una lucha incesante contra los asaltos de esta ideología. Esta tesis era justa: es justa.

---

<sup>1</sup> Correo electrónico: [ignaciolibretti@gmail.com](mailto:ignaciolibretti@gmail.com)

Pero en lugar de dar a este hecho histórico toda su dimensión, social, política, ideológica y teórica, lo reduje a la medida de un hecho teórico limitado: el <<corte>> epistemológico, observable en las obras de Marx a partir de 1845. Al hacer esto me embarqué en una interpretación racionalista del <<corte>>, que opone la verdad al error bajo las modalidades de la oposición especulativa existente entre <<la>> ciencia y <<la>> ideología en general, de cuyo antagonismo el marxismo y la ideología burguesa se convertían así en un caso particular. Reducción + interpretación: de esta escena racionalista-especulativa la lucha de clases estaba prácticamente ausente.

Todos los efectos de mi teoricismo proceden de esta reducción y de esta interpretación racionalista-especulativa (Althusser, 2008, pp. 173-174).

Autocrítica lapidaria: aun siendo el concepto fundamental de la teoría marxista, la lucha de clases no desempeña una función preponderante en *La revolución teórica de Marx* ni en *Para leer El capital*, ensayos donde Althusser periodiza la formación y desarrollo del marxismo a partir de la oposición entre ciencia e ideología en la obra de Marx. Entendido así, el marxismo reviste carácter científico; pero queda exento de inspirar una auténtica práctica política revolucionaria. Resultado filosófico: subordinación del materialismo dialéctico al materialismo histórico.

Sin embargo, lo que Althusser plantea en esta autocrítica de 1974 no es nuevo. Ya en el prefacio a la edición italiana de *Para leer El capital*, publicado en 1967, advierte sobre la desviación teorcionista latente en la terminología estructuralista del texto y en la definición de la filosofía como “Teoría de la práctica teórica”, cuyo principal efecto es desligar su actividad de la práctica política cotidiana (Althusser, 1970, p. 4). Por tanto, los *Elementos de autocrítica* coronan un proceso teórico que comenzó en 1967, año en que Althusser imparte sus *Cursos de filosofía para científicos*, donde plantea el carácter *posicional* de la filosofía, aproximándole a la política (Althusser, 1975, p. 12).

No obstante, si de los *Elementos de autocrítica* se trata, conviene citar un folleto inmediatamente anterior, donde el autor rectifica sus tesis autocriticadas. Me refiero a *Para una crítica de la práctica teórica. Respuesta a John Lewis*, publicada en 1973, en el cual Althusser contesta las acusaciones de John Lewis, filósofo y militante del Partido Comunista de Gran Bretaña, quien lo recrimina por “desconocer” la filosofía y pensamiento de Marx. Aprovechando la ocasión, Althusser responde anunciando lo que Jacques Rancière definirá posteriormente como la “nueva ortodoxia del althusserismo” (Rancière, 2013, p. 127), resumible en cinco puntos: 1) las masas hacen la historia; 2) la

lucha de clases es motor de la historia; 3) solo se conoce lo que es; 4) la historia es un proceso sin Sujeto ni Fin(es); 5) la filosofía es, en última instancia, lucha de clases en la teoría (Althusser, 1974). Ante el caso, de las cinco enumeradas, la más importante es la última, pues corrige la definición de la filosofía como “Teoría de la práctica teórica”, formalizando su vínculo con la política.

Dicho brevemente, en su *Respuesta a John Lewis Althusser* utiliza la interpelación del filósofo británico para posicionarse respecto de su obra anterior, convirtiendo las críticas en autocríticas inmanentes a la rectificación en desarrollo. Por tanto, dicha respuesta es, en realidad, un pretexto para sistematizar tesis elaboradas entre 1967 y 1972, periodo ulterior a la sesión del Comité Central del Partido Comunista Francés en Argenteuil, donde la instancia máxima del PCF critica *La revolución teórica de Marx y Para leer El capital*, señalando la existencia falencias políticas e ideológicas respecto al programa del Partido.

En función de lo anterior, para reinterpretar el descubrimiento de Marx, Althusser propone subordinar las ciencias a la filosofía, asumiendo que ésta convierte la posición política de clase en posición teórica de clase. Así, reformula su problemática a partir del concepto marxista de lucha de clases, de origen científico, pero de impronta política. En un mismo movimiento, Althusser cruza las ciencias y la política *a través de la filosofía*, restableciendo el primado del materialismo dialéctico por encima del materialismo histórico; tesis marxista-leninista consagrada por José Stalin en 1938 (Stalin, 1941, p. 635). O sea, una maniobra que, de un modo u otro, remite a la historia del movimiento comunista internacional, incluyendo sus expresiones en Francia.

Sin embargo, el carácter aparentemente partidario de esta maniobra no garantiza su correspondencia política de clase. De ahí que nos veamos obligados a cuestionar la función que desempeña la filosofía en esta autocrítica. Sobre todo, considerando que, desde su rectificación, Althusser define la práctica filosófica como el motor teórico de los desplazamientos que viabilizan cualquier desarrollo científico, incluyendo el marxista. Al respecto, una fórmula de Rancière ayuda a situar el problema: “fuera del Partido no existe salvación para las masas, fuera de la filosofía no existe salvación para el Partido” (Rancière, 2013, p. 31).

En *La lección de Althusser*, publicada en 1974, Rancière critica severamente la *Respuesta a John Lewis*, pues la considera una maniobra partidaria que encubre intereses opuestos a los que proyecta. Lejos de inspirar prácticas revolucionarias, según Rancière, el folleto de Althusser reduce la política al orden conceptual, enfrascándose en disputas

nominales: qué palabras debe o no pronunciar el movimiento obrero para representar sus “auténticos” intereses de clase. A modo de ejemplo, cita la insistencia de Althusser por reemplazar el término “hombres” por “masas” en los programas comunistas, sin mediar conflictos estratégicos que lo justifiquen.

En este punto, Rancière emite una crítica demoledora hacia la autocrítica de Althusser, afirmando que, en realidad, el “teoricismo” autocriticado radica en el cierre conceptual tras la nueva ortodoxia althusseriana, y no en la presunta desviación teoricista-especulativa de sus primeros ensayos. En palabras de Rancière:

[...] precisamente el discurso <<teoricista>> de *La revolución teórica de Marx* y de *Para leer <<El Capital>>* fue lo que produjo efectos políticos en la práctica de las organizaciones comunistas y en las luchas estudiantiles. Y tales efectos fueron contradictorios: consolidación del aparato del PCF, a través del refuerzo que aportaron la ciencia y el <<rigor>> marxistas para poner en vereda a los estudiantes comunistas; pero también brecha que se abrió mediante el apoyo brindado por la misma ciencia y el mismo rigor a los estudiantes fundadores de la primera organización maoísta estudiantil en Francia: la Unión de Juventudes Comunistas (UJC), que era marxista-leninista (Rancière, 2013, p. 46).

Históricamente hablando, la observación de Rancière parece justa. Incluso excede el caso de Francia. *La revolución teórica de Marx* y *Para leer El capital* no solo inspiró el maoísmo francés –prueba de ello fueron los Cuadernos marxistas-leninistas–, sino también algunos movimientos revolucionarios latinoamericanos. Por ejemplo, el nicaragüense. *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, publicado en 1969 –manual elaborado por Marta Harnecker en clave althusseriana–, articuló escuelas de cuadros del Frente Sandinista de Liberación Nacional, por nombrar solamente las de una organización. También cabe señalar que la primera traducción al castellano de *Pour Marx*, titulada *Para Marx*, apareció en Cuba poco tiempo después del triunfo de la revolución popular cubana por solicitud explícita de la presidencia. Por tanto, la “desviación teoricista” que autocrítica Althusser sí tuvo reverberaciones políticas revolucionarias; cuestión que no podemos afirmar de sus tesis de rectificación, cuyo impacto fue más bien marginal.

Dicho esto, cabe preguntarnos: ¿podemos hablar de autocrítica cuando el fenómeno autocriticado –en este caso, el déficit político inherente al pensamiento

teorista— ocurre desde la rectificación y no antes? Basta consultar la definición bolchevique de la autocrítica para notar que, en este caso, la posición de Rancière respecto al problema es ortodoxa, mientras que la de Althusser —a pesar de su fraseología izquierdista—, revisionista. Al respecto, una breve recensión histórica podrá ilustrarnos.

En 1928, el Partido Comunista (bolchevique) sufría los efectos colaterales de su campaña de autocrítica, correspondientes a la difamación de algunos cuadros estatales. A nombre “del pueblo”, circulaban artículos injuriosos exigiendo autocrítica y destitución de altos funcionarios administrativos, denunciando incompetencias en base a datos tales como el quehacer amoroso de los querellados. Para remediar la situación sin cancelar la campaña de autocrítica, Stalin decide enfrentar la cuestión personalmente, publicando en Pravda un artículo intitulado *Contra la vulgarización de la consigna de autocrítica*, donde sentencia:

No necesitamos una autocrítica cualquiera. Necesitamos una autocrítica que eleve la cultura de la clase obrera, desarrolle su espíritu combativo, vigorice su fe en la victoria, multiplique sus fuerzas y le ayude a llegar a ser verdadera dueña y señora del país (Stalin, 1954, pp. 138-139).

A juicio del timonel soviético, la autocrítica bolchevique debe contribuir al desarrollo político del proletariado, motivando rectificaciones que depuren su táctica y vigoricen su estrategia en cada situación histórica. O sea, autocríticas cuya rectificación sean políticas que afirmen la vigencia del comunismo, inspirando actividades que, a nivel coyuntural, proyecten mundos desprovistos de clases sociales. De ahí la función pedagógica que apunta Stalin, asociable al imperativo marxista-leninista de elevar la conciencia de los trabajadores por encima de sus intereses inmediatos.

A pesar del carácter partidario de la autocrítica bolchevique, ella no es sinónimo de fraseología izquierdista, sino de lineamientos políticos cuya *determinidad* inspire contradicciones irresolubles en las formaciones sociales de clase —incluyendo la socialista—, vaticinando la necesidad histórica de transitar hacia ordenamientos alternativos al existente. De haber autocríticas formales, inevitablemente, las rectificaciones también lo serán, debilitando la estrategia vía impertinencia táctica.

De lo anterior concluimos que, en la tradición marxista-leninista, la autocrítica no busca lo verdadero, sino *lo justo*, definido éste en función de las articulaciones coyunturales entre estrategia, táctica y actividad regular del Partido. Por tanto, no son las

intenciones, sino los efectos los que sancionan la realidad de una autocrítica, y con ella, su carácter político. Obviamente, eso anula toda fe en los términos empleados durante el proceso, centrando la atención en la relación que establece cada autocrítica con las disposiciones históricas dadas. En consecuencia, una autocrítica puede arraigar el error que intenta corregir cuando la rectificación inspira prácticas que, por vía diferente, reproducen la falencia indicada; o peor aún, puede incluso motivar el error basándose en un diagnóstico impreciso, produciendo la falencia autocrítica mientras intenta exorcizarla. Según Rancière, esto último acontece en la autocrítica de Althusser, donde la figura del “teoricismo” irrumpe durante el cierre conceptual que supone la *Respuesta a John Lewis*.

No obstante, si dejamos a un lado las intenciones declaradas y nos concentramos en los hechos, teniendo en cuenta el compromiso partidario de Althusser con el PCF, cabe preguntarnos: ¿falla realmente su autocrítica cuando obedece, indirectamente, a la táctica de la organización? En rigor, el desajuste entre la línea política del Partido y la teoría de Althusser ocurre durante el periodo considerado “teoricista” –entre 1961 y 1966–, cuando el filósofo, a nombre del rigor científico del marxismo-leninismo, suscribe posiciones maoístas, inspirando movimientos a la izquierda del PCF. Sin embargo, precisamente cuando intenta centrarse en la política –al menos, nominalmente–, es cuando su filosofía pierde efectividad coyuntural, convirtiéndose en señuelo para atraer izquierdistas a la organización. Vista así, la autocrítica de Althusser satisface la querrela impuesta por el Comité Central del PCF en Argenteuil, subsumiendo la teoría althusseriana en la táctica comunista. Lo anterior, a expensas de la fraseología izquierdista que utiliza el filósofo en sus ensayos autocríticos; fraseología que, debido a la situación histórica consecuente al cese del Mayo Francés, no inspira movimientos revolucionarios alternativos al PCF, sino que impone la necesidad de ingresar al Partido para debatir palabras mientras la correlación de fuerzas mejora.

Dicho esto, nos atrevemos a sugerir que la esencia del diferendo entre Althusser y Rancière en cuanto al problema de la autocrítica estriba en la confianza del otrora discípulo en la palabra del otrora maestro. Rancière critica la autocrítica de Althusser porque realmente cree –o al menos, eso indica el texto– que este último busca rectificar las tesis de *La revolución teórica de Marx* y *Para leer El capital* subordinándolas al concepto marxista de lucha de clases. Corolario de lo anterior: una nueva práctica revolucionaria donde la filosofía orienta la política, asegurando su carácter de clase. No

obstante, disuelta la presuposición de intenciones tras la crítica de Rancière, la autocrítica de Althusser comparece a plenitud, exponiendo sus contradicciones.

Teniendo en cuenta que la rectificación de Althusser estrecha el nexo del filósofo con el PCF, podemos ver que su autocrítica, en realidad, satisface las críticas del Comité Central en Argenteuil, respondiendo afirmativamente el llamado al orden que le hiciera Waldet Rochet —entonces secretario general del Partido—, a quien, curiosamente, dedica sus *Elementos de autocrítica*.

Para decirlo todo de una vez: si Althusser hubiera sincerado que sus ensayos de autocrítica y rectificación buscaban agradar al PCF, abriéndole paso en sectores izquierdistas donde los artículos de los principales dirigentes comunistas no tenían recepción, la crítica de Rancière perdería fundamento, puesto que, efectivamente, Althusser cumple dicho objetivo. Sin embargo, el rodeo por la lucha de clases —a todas luces, inherente al propósito señalado—, introduce confusiones que enriquecen el problema. La autocrítica de Althusser es tal en la medida que la percibamos como un intento de corregir desviaciones izquierdistas latentes en *La revolución teórica de Marx* y *Para leer El capital*. No obstante, deja inmediatamente de serlo cuando, apegándonos a la letra del propio filósofo, creemos que el problema en cuestión es la desviación teoricista en dichos ensayos. En este caso, para leer a Althusser, es necesario exceder sus afirmaciones.

Guardando las proporciones y diferencias, al igual que Rancière, yo también creí en las intenciones declaradas por Althusser en sus textos de autocrítica y rectificación, asumiendo irreflexivamente la literalidad de sus ensayos. *Marx, Lenin y Althusser. Posición política y práctica teórica* fue producto del descuido político y conceptual tras la desviación pequeñoburguesa que entonces motivaba mis actividades. En nombre de una idea abstracta del comunismo, sirviéndome de una prosa hostil, asumí una posición izquierdista sin realidad política, cuyo único efecto —de haberlo— es debilitar la estrategia revolucionaria mediante la promoción de tácticas inviables, allanando camino a futuras desviaciones derechistas. Por fortuna, no tardé demasiado en comprender mi error. Ya en *Mao y la filosofía. Notas sobre materialismo dialéctico* (Libretti, 2019) —mi segundo libro—, dicha irreflexión, junto con la desviación ideológica en cuestión, amainan, cediendo lugar al trabajo conceptual; obviamente, de un modo todavía incipiente. En cualquier caso, reconocer las debilidades es condición para desarrollar nuevas fortalezas. Por eso, hago pública mi autocrítica aquí, en la instancia correspondiente, pues, en una jornada como ésta —me refiero al coloquio sobre Althusser de 2017—, fue donde expuse

exactamente lo contrario, convencido entonces de que la “nueva ortodoxia del althusserismo” es condición del marxismo-leninismo contemporáneo. La experiencia militante no tardó en mostrarme que la lucha de clases nunca ha sido cuestión de palabras, pues la historia no es un libro abierto, sino un texto encriptado. Dejo hasta aquí estas breves notas sobre autocrítica, esperando que estimulen el debate correspondiente.

La Cisterna, abril de 2022

### **Bibliografía:**

Althusser, L. (1974). *Para una crítica de la práctica teórica. Respuesta a John Lewis*. Madrid: Siglo XXI de España Editores, S.A.

\_\_\_ (1975). *Curso de filosofía para científicos (introducción: filosofía y filosofía espontánea de los científicos [1967])*. Barcelona: Editorial Laia, S.A.

\_\_\_ (2008). *La soledad de Maquiavelo. Marx, Maquiavelo, Spinoza, Lenin*. Madrid: Ediciones Akal, S.A.

Althusser, L. y Balibar, É. (1970). Louis Althusser & Étienne Balibar. *Para leer El capital*. México D.F.: Siglo XXI Editores, S.A.

Libretti, I. (2018). *Marx, Lenin y Althusser. Posición política y práctica teórica*. Barcelona: Editorial TEGE.

\_\_\_ (2019) *Mao y la filosofía. Notas sobre materialismo dialéctico*. Santiago de Chile: Ediciones Qual Quelle.

Rancière, J. (2013). *La lección de Althusser*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.

Stalin, J. (1941). *Cuestiones del leninismo*. Moscú: Ediciones en Lenguas Extranjeras.

\_\_\_ (1954) *Obras*. Moscú: Ediciones en Lenguas Extranjeras.